

niños mostraran sus conocimientos y despues nos invitaban á que les dirigiésemos la palabra, á lo que accediamos alternativamente Alcalde, ó yo, sirviéndonos de intérprete el Sr. Godoy.

Despues de recorrer varias clases, descansamos en el cuarto del profesor, á quien agobiamos á preguntas, lo mismo que al Sr. Godoy. De esto, y de algunas lecturas, formé las ligeras apuntaciones que van á ver mis lectores, siempre que Dios les dé paciencia para ello:

El número total de niños registrados en las escuelas del Estado de California, de 5 á 17 años, es de.....	130,930
Asistencia constante, término medio.....	78,027
Niños que no asisten á las escuelas.....	39,646
<hr/>	
Ingreso anual para la instruccion pública..	\$ 3,390,359 00
Egresos	2,701,863 34
<hr/>	
Número total de escuelas en el Estado.....	2,190
<hr/>	
Valor de la propiedad de las escuelas de San Francisco.....	\$ 5,068,678 30

La administracion de la instruccion pública en San Francisco se compone de doce miembros, de los que se cambia un tercio cada año, con un superintendente de escuelas, un diputado, un secretario, un escribiente, un copista y un mandadero.

La poblacion total en la ciudad de California se estimaba, en 1875, en 234,000 habitantes, y niños aptos para concurrir

á las escuelas, 41,029. De éstos habia registrados en las escuelas públicas, 32,175, y en las privadas, 6,094.

Los sueldos de preceptores y preceptoras son, desde seiscientos á *cuatro mil pesos*, permitiendo estas altas dotaciones el ingreso al profesorado de la primera enseñanza, de personas altamente notables. En California hay la profunda conviccion de que sin decentes dotaciones á los maestros, es imposible la buena enseñanza. Nosotros solemos dotar maestros, sirviéndonos de norma el salario de los cocheros.

Hay escuelas conocidas con el nombre de Cosmopolitas, en que se da la instruccion á un tiempo, en francés y aleman.

Las escuelas nocturnas, en que se admiten sin distincion toda clase de personas, sea el sexo, la edad y la procedencia la que fuere, hacen mucho bien. Hay maestros de dibujo y de música, para los que da el Estado 10,500 pesos.

El costo del edificio de la escuela de Lincoln en las calles 5ª y Mercado, cerca del edificio de la casa de Moneda, fué de 125,000 pesos.

—Bueno será que deje vd. sus apuntaciones, me dijo un polluelo alegre que habia ido en nuestra busca; eso, continuó señalando mi escrito, para tratado es muy diminuto, y para apuntaciones al correr la pluma, dan sueño.

El chico tenia razon: despedímonos del preceptor que nos habia guiado, significándole nuestro profundo reconocimiento, y quedando realmente admirados y envidiosos de la grandeza y de la importancia que da California á la instruccion pública.

—No todo ha de ser Valle de lágrimas, ni todo *Fidel*, estar como un santo de piedra sin despegar los ojos del libro: ¿no sabes tú que hay máscaras? ¿no sabes que el dios de la locura agita su sonaja y hace repicar los cascabeles de su cucurucho? Disparte, que esta noche se arde el teatro y la vida es bastante amarga, para desperdiciar la ocasión de echarle unas gotitas de miel.

—¿Con esas á mí, eh? ¿con esas? Pues voy al baile, y llevando esta mismísima cara, hago un máscara á pedir de boca: cuenten vdes. conmigo.

Esto dije á mis amigos, Lorenzo, Manuel y Pablo.

Ocupado con tan sério compromiso, me dirigí á la casa de las Sritas. S. y C., como lo tenia pensado; ardía el mundo de entusiasmo, y los preparativos estaban en todo su ardor.

En general, los saloncitos de recepción de las casas tienen como pared, bajo un elegante arco, dos lienzos corredizos de tablas, que retirándose, se convierten en un salon elegante en las circunstancias graves, y para el ordinario servicio, uno de los saloncitos funge de comedor, asistencia ó gabinete.

Las piezas estaban de telon corrido, viéndose por un extremo, mesa, aparadores, cuadros y muebles de un comedor elegante, y por el otro, piano, sofaes, espejos, consolas, cuadros, candelabros y floreros para salon.

La juventud y la hermosura reinaban: veíanse por aquí afanosas costureras pegando listones y sembrando flores en los trages, que en abultadas ondas caían de los sofaes á la alfombra; por el otro extremo, chicos de buen carácter arreglando sobre la mesa del comedor, cascos y plumeros, mantos de templarios y luengas cabelleras.

Las señoras en un rincon preparaban, para las niñas, peinados, joyas, guantes y cuanto su vanidad maternal les sugeria, para la compostura de las hijas.

Ya se deja entender la animacion de los diálogos, las monerías de las presumidas, que con todo les parecia estar mal y ponerse en ridículo: los recuerdos de las ancianas, los planes de los primitos y los amigos íntimos.

Y al pedirse del hilo, y al valuar el colorete, y al dame ese carrete, y dónde están las tijeras, se interponía una copita de *chericordial* ó de rompopo, ó circulaba un vaso de *cop-tail* entre los polacos, ingleses, italianos y mexicanos, que formábamos el grupo masculino.

Es de advertir que por aquellos dias estaban en toda su boga los *Valentines*: estos *Valentines* son obsequios de principio de año, por todo el mundo hechos, y recibidos por los papás y mamás más cerriles.

El obsequio del *Valentin* ó cortejo consiste en cajitas, cuadros y chucherías, envueltas en papeles picados, y llevando en su centro sentencias, versos, ardientes declaraciones de amor y sátiras más ó ménos picantes.

La gracia del *Valentin* es conservar el más riguroso anónimo, y esto da lugar á chanzas y pesquisas, de que sacan inmenso partido, el amor, el placer y la inocente amistad.

Como es de suponerse, hay *Valentines* intencionales, y entónces son valiosas cajitas con dulces y alhajas, *porta-bouquets* de concha, caracoles, nueces y huevos con ricas joyas, ó por el contrario, algun chistoso envía un rizo de canas, una disciplina, ó una caricatura que hace ver estrellas á la obsequiada.

Por supuesto, á las muchachas en cuya casa estaba les

habian llovido *Valentines*. A Ernestina le enviaron una cajita deliciosa, con unos versos ingleses lindísimos, pegados á una áncora de oro (sospecho que era un marino el *Valentin*); á Virginia, que es como un dulce de agradable, le dirigieron, entre otros *Valentines*, un guante trunco y un letrero que decia: "Busca el compañero," y una judía, Raquel, seductora como la beldad bíblica de quien lleva el nombre, recibió en una cajita de ébano un *pensamiento*, y en el centro un riquísimo diamante, figurando una gota de rocío. En la cajita estaba incrustado, en menudísimas perlas, este nombre: "México."

Y á la muy linda muchacha Mery le dispararon una caricatura en que acariciaba á un vejete su galan, á quien la preciosa niña profesaba especial antipatía, por meloso y far-sante.

La niña lloraba de cólera y se hacia mil conjeturas.

Los *Valentines* daban especial atractivo á las máscaras.

A las diez de la noche la comparsa estaba lista.

Pusiéronse en marcha los disfrazados, y las mamás y yo tomamos rumbo diferente para no denunciar á nuestras amigas.

El baile se verificó en el gran salon de Platt, calle de Montgomery: brillaba el edificio como un incendio, formaba ráfagas y labores el gas en la techumbre, y reverberaba en globos de cristal apagado y en lámparas y vasos de colores.

La orquesta, desde el palco escénico, derramaba á torrentes la armonía. En un extremo del proscenio se veia un dosel magnífico: bajo él habia majestuosos asientos.

Aquel lugar debian ocuparlo, á cierta hora, los jueces ya nombrados, que debian adjudicar premio á la dama mejor

vestida, al máscara que mejor caracterizase su papel y al bailarín ó bailarina que más se hubiera distinguido en el arte de Terpsícore.

A la entrada del teatro se encontraban los que recibian los boletos, los que recogian sombreros y abrigos, y los comisionados del buen orden del baile, con luengos listones con flecos de canutillos pendientes del ojal del frac.

En el fondo del salon y en uno de los costados, se veian grandes cuartos con cantinas y espléndido servicio de licores, refrescos y cenas.

El conjunto de la concurrencia era espléndido, los corredores y galerías estaban llenos de gente, que no se mezclaba con las máscaras, y sí en las bancas que rodeaban el salon.

Odaliscas, rusas, gitanas, garbosas andaluzas, druidas y hadas vaporosas, cruzaban por aquella atmósfera de luz, armonías y perfumes, entre guerreros, sacerdotes, caballeros de la edad média y figurones grotescos, con caras de perros, de patos y de leones.

Pero no habia bromas de carnaval; tal cual francés, vestido de mujer, con insolente descoco daba patadas y hacia cabriolas; el yankee se ahogaba, tiraba la careta y seguia andando con su vestido carnavalesco, como si estuviera en sus negocios.

Un vejete de calzon corto y sombrero de tres picos, con un farolillo en la mano, iba, como Diógenes, en busca de un hombre.

Las *ladies* provocaban con sus llamamientos á verdaderos autómatas, y no ví nada de más soso ni de más desgarbado que aquel baile de máscaras.

Iban á dar las doce de la noche, las cantinas estaban lle-

nas y el salón vacío. Se anunció la marcha de los premios; tomaron sus asientos los jueces; los máscaras, con gravedad oficial, emprendieron su paseo.

¡Qué magnificencia de trages! ¡qué lujo de atavíos! ¡qué esplendor de formas en las damas! ¡qué indiferencia y qué frialdad en la mayor parte de los machos!

Cesó la música, y se proclamaron los nombres de los premiados.

Una bella italiana vestida de reina, obtuvo el premio de la elegancia; premio que consistía en un *schal* de seda y una bandeja de plata.

Se escuchó caluroso aplauso de parte de los hombres; un rumor sordo de descontento contra la parcialidad de los jueces.

Al viejo del farol, modelo de sandez y de tiesura insulsa, le adjudicaron como recompensa, un reloj de oro. Y el premio lo recibió en medio de aplausos irónicos, que contribuyeron no poco á extender el buen humor.

Por último, el lauro del baile lo otorgaron á una *lady* sacudida y despierta, que fué resultando hombre al recibir un precioso anillo con un zafiro.

Dispersóse la concurrencia; pero se dispersó para agolparse al rededor de un máscara que concentraba la atención universal y merecía unánimes aplausos.

Tenia el máscara bien asentado sobre la espaciosa frente, un sombrero blanco, ancho, con gruesas toquillas y flecos de oro. Chapetas de diamantes que figuraban águilas, y ribetes de galon de oro.

Caía sobre sus hombros finísima chaqueta de ante, con botonadura y agujetas de plata, llena de bordados y alama-

res como *dolman*, y una *pantalonera* de casimir café, con botoncitos de filigrana de oro, de los que cada uno podía pasar por una joya.

La camisa, las alhajas, el calzado, y sobre todo, las maneras, decían que aquel *payo* era un distinguido caballero mexicano.

El *ranchero mexicano* hablaba inglés, francés, italiano y español perfectamente, sin serle desconocido el alemán, aunque no hablaba en ese idioma. Era el *mexicano* chancero y alegre; pero encerrándose en la más delicada finura, usaba de chanzas discretas con los jóvenes, á los viejos decía palabras sesudas, y era tan galante con las damas, que le hicieron su favorito y fué el rey de la fiesta.

Yo estaba encantado: lo inesperado de la aparición me tenía lelo y orgulloso; el joven era mexicano, conocía nuestra vida en lo más íntimo; pero no sospeché siquiera quién fué quien nos dió aquella sorpresa de carnaval.

Entonces tuve motivo de conocer á la multitud de gente de California que ha estado en México, que ha hecho en él su fortuna y que ha dejado en todos recuerdos agradables.

El *mexicano* fué conducido en triunfo á la cantina, se destapó Champaña, se dijeron brándis, se vitoreó á México, y no lograron, ni la cortesía, ni la hermosura, ni la confianza loca, alzar el velo del extraordinario personaje.

Después de mucho tiempo, en una tertulia privada, invitaron á la linda judía Raquel á que tocara el piano. . . . cuando lo estaba pulsando, reconocí en uno de sus dedos de marfil, hecho anillo, un botoncito de *filigrana* con una piedrecita preciosa en el centro, y tal me pareció que pertenecía al equipo del *rancherito mexicano*.

En cambio, otro de mis compañeros se empeñó en seguir á una circasiana espléndida; salió con ella del baile. . . . y en los extremos de la ciudad. . . . se quitó la deslumbradora vision la careta, y era. . . . una negra, feroz, desastrada, amenazadora, hombruna, ronca, que le hizo correr á todo escape hasta el hotel, donde llegó como quien se ha salido de las garras de un tigre.

XV

El correo.—La aduana.—El Hipódromo.—Caballos trotadores.

ENTRE las calles de *Battery* y de *Washington* está colocado el correo, en conyugal armonía con la aduana, lo que no concuerda con la grandeza que tienen en general las construcciones de California.

Es un edificio aislado con avenidas á los cuatro vientos, con escalinatas y columnas á cada frente, y que pasaria por un bello edificio si no estuviera en California.

Poco tiene que ver el edificio en los corredores que sirven de despacho, porque formándole altas paredes los cajoncitos de apartado, la comunicacion entre el público y los empleados, ó son buzones con las diversas carreras de correspondencia, ó son postigos en los que se venden estam-